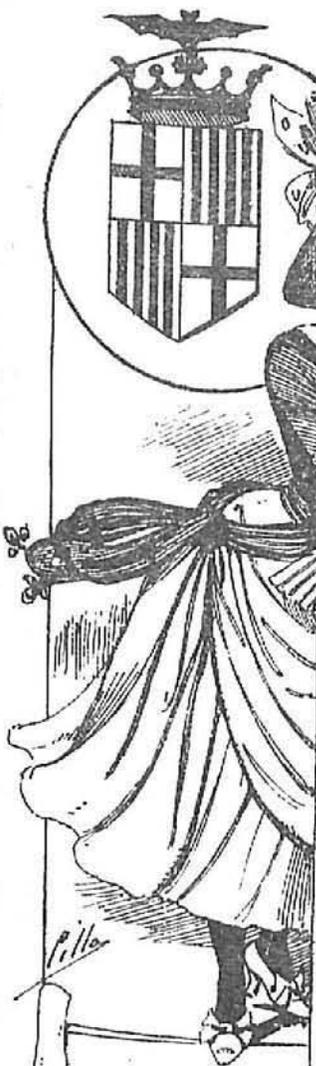


Año I. Barcelona 1.º de Agosto 1889 Núm. 8.

BARCELONA CÓMICA

ARTISTAS DRAMATICAS



15
CÉNTIMOS



MARIA A. TUBAU de Palencia
© Biblioteca Nacional de España



CRÓNICA.

¿Que haria yo para que estas crónicas fueran muy leídas y á ser posible muy celebradas?

Yo bien sé la manera, aunque para mí es bastante dificultosa.

Con ir á ver al Sr. Mañé y Flaquer y presentarle mi trabajo pidiéndole consejos, acaso lo lograría.

—D. Juan, aquí tiene V. este artículo. Dígame V. con franqueza lo que debo quitar y poner, porque es V. persona competentísima, el primero de nuestros escritores, y nadie mas indicado que V. para guiar mis pasos en el periodismo.

—Usted es un chico de talento como lo demuestra la prueba de sumisión que acaba de dar... En ese artículo debe V. quitar la palabra *barbican* porque eso hace muy torero. Nada de alusiones personales, á no ser cuando se dirijan á altas personas, como por ejemplo Castelar, D. Juan Bautista Topete, etc., etc... Procure V. sobre todo ensañarse con el debil y el caído.

—¡Oh, tantas gracias!

—Y váyase V. descuidado, que en la próxima dominical le he de dar la alternativa.

Y en el *Diario de Barcelona* del domingo siguiente se verá un artículo encomiástico sobre mi personilla.

Allí leerían con asombro los conservadores que yo soy muy

guapo y tengo unos ojos asesinos, amen de ser un escritor satírico de los que entran pocos en libra, un Larra chico.

Y habiéndome puesto el sello el Sr. Mañé, no había de haber babieca en Barcelona que no dijera refiriéndose al firmante de estos renglones: ¡Pero qué bien pone la pluma este pícaro!

Con que no sé lo que hacer. Ustedes me aconsejarán si debo ir ó no á visitar al director del *Diario de Barcelona*.

—*

Las cruces concedidas á algunos concejales traen revuelto á nuestro Municipio.

Al simpático y obeso señor Fontrodona le han dado una lata en forma de cruz de Isabel la Católica.

D. Ignacio ha renunciado y ha hecho bien, porque la verdad es que hay aquí cada *caballero* de Isabel la Católica que pone los pelos de punta.

A D. Pedro Casas le han hecho de la Legión de honor y sus compañeros han pegado un salto de indignación.

Dicen que esa cruz corresponde al señor Nasvidal.

Yo creo que lo dirán por aquello de casar la cinta colorada con el magnífico pimientito del desairado.

También el hormiguita Pirozzini ha pescado la codiciada cruz francesa.

—¿Porque se la habrán dado? —se preguntan todos.

Porque de ese caballero se puede decir lo que decía un poeta de un Pirozzini semejante:

No hay un hombre que mas [suene] ni un hombre que menos valga.

Pero *così va il mondo, bimbo mio*.

—*

Buen lio ha armado el Ayuntamiento de Sevilla.

Por sí y ante sí ha invitado al Papa á pasar el resto de sus días en la ciudad macarena.

Y hasta le ha ofrecido un palacio.

Que no era del Ayuntamiento por supuesto; que en esto de ofrecer lo que no es suyo ninguno iguala á estas corporaciones.

En España nos hemos reído, pero no ha sido lo mismo en Italia, que lo han tomado por donde quema.

Y aquellos *macarrones* nos ponen que no tiene el diablo por donde cojernos.

Y ahí tienen Vds: una cosa tan deleznable como es un ayuntamiento, puede ser causa de que riáamos con *el fratello* del otro lado del Mediterráneo.

¡Y qué conflicto entonces para los *irlandeses*!

—*

El Sr. Rius y Tauler está algo enfermo.

Y se comprende. ¡Esas comidas de sonda!

El Barcelonés, ese distinguido periódico del ramo de consumos, nos da todos los días el parte de la salud de D. Pancho.

Salud que, entre paréntesis, deseáramos ver restablecida.

Contribuye mucho al malestar del alcalde, la actitud que han tomado los elementos relativamente sanos del fusionismo.

Los Maluquer, los Collaso y Gil, los Par, los Monfredi y

¡hasta los Godos! se han puesto contra él.

¡Pobre D. Franciscot!
No le quedan mas que los amorosos brazos de un Nasvidal ó de un Bañolas.

Pero se lo ha ganado, hay que confesar que se lo ha ganado.



Y á propósito:

No fueron los señores Lluch y Payerols los que acompañaron á D. Francisco á Granada.

Fueron D. Juan Tenorio y D. Luis Mejía.

Por cierto que el Comendador vino disgustadísimo.

Y yo me entiendo y bailo solo.



Resultó lo que yo me temía.

La famosa Exposición Florentina, bendecida por obispos, aplaudida por capitanes generales, celebrada por periodistas; ha hecho fiasco.

Allí se está en Cadiz el Marqués de Vilana cargadito de sal para Buenos-Aires.

Hablamos del vapor, que el Vilana en carne y hueso ha tenido mas sal todavía y ha desahogado parecido de la capital gaditana, huyendo de las reclamaciones de los expositores y viajeros.

Y vea V., este fiasco que era de prever racionalmente, si yo tengo la debilidad de advertirlo cuando estaba aquí el vapor, todos me hubieran caído encima diciendo que soy un crítico de primera, que nunca encuentro nada bien hecho.

Casi es mejor dejar las cosas para juzgarlas á posteriori.



Continúan las novilladas dando que sentir.

En una verificada en nuestra plaza ultimamente ha habido tres heridos.

Pero no escarmientan los aficionados y repiten.

Y vuelven á llevar porrazos.

Pero, hombre, ¿por que no habían de ser aficionados los Sres. Gonzalez, Sardá, Pelfort, Pirozzini, Casas y tantos otros?

Pero es lo que pasa, se meten á toreros los que no deben.

DANIEL ORTIZ.

EN EL RASTRO

—Tienes razón, *Berengena*, el *Piri* nos ha perdido por querer darnos de guñpó en las cosas del oficio.

Ni él sabe de *contumelias* ni conoce al señor *Ribas* y *Tibulete*, el Marqués, ni en toda su vida ha visto un *extrangero* como ese, de Barcelona.

—Está dicho;

y por eso, mayormente, digo yo que el tal no es *dino* de figurar en el gremio de los *randas distinguidos*.

En dos *golpes* pudo hacer un *apando* muy bonito con un *reló* y unos cuantos billetes de *venticinco*; pero el *boceras*, vejando que se pusara ese *lio* de la *juerga* que se armaron todos los del *Municipio*, se fué á la Estación á ver... y al fin y á la postre ha visto que ese señor se ha marchado con mas *mantecas* que vino, sin que *nabie* le *atenbra* ni los *forros* del bolsillo.

¡Que orgullo llevará el *mangue* viendo que de aquí se ha ido sin tener un *descengano* ni pasar por un *confitol*!

—Que ya no hay *randas* de genio — mascarará consigo mismo, sin dar con estos dos *majos* que valen lo menos cinco.

—No me hables más, *Berengena*, porque yo estoy ya que trino...

—¿Qué dirán los *extrangeros*?

—¿Qué hablarán los del *Destrito*!

—Y qué pensará la *Paca* cuando sepa que no hay *lino* y que por el *mandria* ese no puedo pagarla el *pisot*!

—Y la *Rita* ¿qué dirá si la reputa eso mismo, después de estar consentida en ir al Puente el domingo?

—¡Dí que esta vez el *Comedes* nos ha puesto el... *abanico*!

—Hay que llamarle á *carro* y si resulta *convito*

se le *sige* que *indencie* los daños y los *prejuicios*, y si no *aceta* por buenas le rompemos el bautismo.

—Y la *fé* de *solterfal*!

—Y la *de muerto*, está dicho!

En esto llega el *Comedes*, y á guisa de *veredicto*, empieza á repartir palos á los *valientes* de *pico*, los cuales *va* *entes* salen huyendo *despavoridos*.

Por los guardias de seguridad

JOSÉ TRUJILLO.

NAIPE DE VALENCIA

Cuando lean Vdes estas líneas, ya habrá terminado la feria, con gran sentimiento de muchas jóvenes sensibles y enamoradas, que se habían ido acostumbrando á ver, todas las horas del día y de la noche, los retorcidos bigotes del príncipe Gortschakoff.

Este sentimiento es muy justo y natural; el príncipe ruso, se ha mostrado muy afable con ellas y hasta se ha permitido dirigirles en más de una ocasión, miradas *nihilistas* de amor, que han trastornado los corazones de varias tiernas señoritas muy conocidas.

—Desde que mi hija ha visto ese príncipe ruso—decía ayer tarde doña Prisca, á un señor canónigo, amigo de la casa—créame Vd., Ascensioncita es otra, la comida le dá náuseas.

—¿Tan loco es ese príncipe?—replicó el canónigo, después de meterse en las narices, una buena dosis de rapé.

—Todo lo contrario, por desgracia; es un ruso muy simpático, pero mi hija que posee un alma delicada y candorosa, se ha enamorado locamente de él, y ha perdido las ganas de comer y dos medias á rayas azules, que le regaló el día de su santo un tío suyo, empleado en rentas estancadas.

—¡Malo!—refunfuñó el sacerdote.

Doña Prisca bajó la cabeza con tristeza y luego se puso á pelar unas patatas, no sin murmurar por lo bajo:

—Si esta noche el príncipe mira á mi hija, le pego dos *bofetás*...

La gran retreta que organizó el elemento militar, ha sido uno de los festejos mas aplaudidos hasta hoy.

A las siete de la tarde, es decir, con dos horas de anticipación, la gente que no tenía un balcón, se lanzó á la calle, para buscar sitio en la carrera. Al pasar yo por la plaza de las Barcas, al que me llamaban, volví la cara y vi á mis vecinas las de Limoncillo.

—¿Dónde va Vd. tan deprisa?—me dijo Clarita, que es la mayor y un poco tartamuda á consecuencia de un susto, que le dió hace tres años un sochantre de Huesca, que es el hombre más divertido del mundo.

—¿Sabe Vd. si tardará mucho en pasar?—añadió don Niceno Limoncillo, sin darme tiempo á contestar á Clarita.

—Los periódicos dicen que á las nueve en punto—respondí yo, casi maquinalmente, entretenido en mirar

EN MI PUEBLO



Niño zangolotino
que se pasa de imbécil
y de fino.



Este es el mata sanos.
¡Pobres de los que caen
entre sus manos!



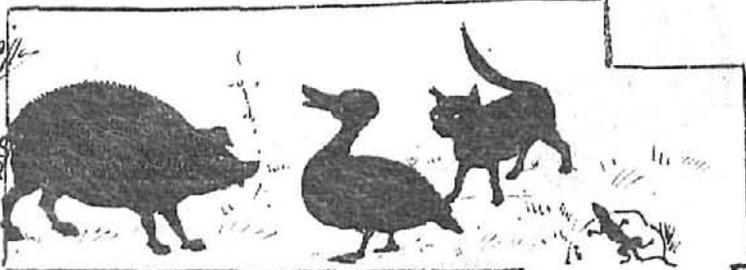
El maestro de escuela
á quien el hambre
convirtió en pajuela



La señora alcaldesa
cual pocas fea
y cual ninguna obbra.



Ved aquí el señor cura.
Ya lo habreis conocido
en su figura.



Parte del vecindario
que es modesto y sencillo
aunque ordinario.



—¡Mía que subir yo al andamio con dos cuartillos na mas en el estómagol... ¡No quíes tu!

—¿Y esas dos líquidas perlas—que se desprenden tranquilas?...

—¿Que perlas son esas?

—Nosotros, señora, que somos un par de alhajas.



—¡A ver si resulta que eso que se mueve es el guarda

como se entendían en la semi-oscuridad, Socorrito y su futuro Casto, escribiendo en la Higiene.

—No se vaya—me dijo Clarita, cogiéndome las manos y dirigiéndome una mirada de vecina soltera— así nos explicará Vd. lo que representan cada bandera y cada farol.

Accedi y abstraído con la conversación de Clarita, que me hablaba de Italia, de Francia y de los Países Bajos, con una erudición pasmosa y mucho mejor con las manos que con la lengua, efecto de la tartamudez, un *torbellino humano nos lanzó á no sé cuántos metros de distancia.*

Voces pidiendo socorro, gritos de terror y quejidos angustiosos, se oyeron por todas partes. De repente otra nueva oleada de gente, mucho mayor que la primera, nos levantó en el aire, á la familia de Limoncillo y á mí, viniendo á meternos dentro del pilón de la fuente de la plaza.

Indescriptible es el cuadro, que se presentó á mis ojos, cuando pude salir de aquel baño improvisado.

—¡Ay, Casto!—decía Socorrito que había caído debajo de su futuro —¡yo me ahogó!

Mientras Casto sacaba en brazos á Socorrito, don Niceno y yo, procurábamos hacer recobrar el conocimiento á Clarita, dándole frías en la espalda y haciéndola arrojar toda el agua que se había tragado.

—¡Ay, Casto!—gritaba Socorrito, exprimiéndose las ropas—Tendré que quitarme hasta la camisa.

—Bien, Socorrito, lo que tú quieras; pero aquí me parece que sería muy criticado. Espera que lleguemos á casa.

No quiero terminar sin decir á ustedes, que el certamen de tiro de pichón, celebrado en la plaza de toros, estuvo muy concurrido, y que mereció muchos elogios el ojo certero de los tiradores.

La escopeta en manos de estos, es casi tan temible, como el *sable* en manos de los que se llaman nuestros amigos.

Hubo quien de diez disparos mató doce pichones y atravesó el corazón de una cándida paloma que asistía al certamen.

Conque... ¡no es nada lo del ojo!..

BONETE.

A LOLA

Bendigo mi suerte, Lola,
desde el día que te vi.

¿Te acuerdas? Te conocí
y te amé por *carambola*.

Por tí lo abandono todo
y juro que he de quererte,
aunque solo pueda verte
por *doblete* ó por *recodo*.

Yo sé bien que tu papá
no puede ni aun verme, Lola;
mas le daré un *pasa-bola*
y nuestro amor triunfará.

Si, pues, tu pecho se ablanda,
¿porqué, Lola, no respondes?
¿No ves tú que si te escondes
he de buscarte *por banda*?

¿Piensas que mi amor es *grilla*?
¿No te alucines jamás!
Dime que sí y ya verás
que no salgo de la *billa*.

Te adoro con tal exceso
que aunque es de ley progresar,
porque me llegues á amar
haré por tí un *retroceso*.

¡Que los hombres son muy malos
te han dicho, y esto te aterral
Ni sé como se hace *guerra*
ni juego jamás á *palos*.

¿Dices que sí? Gracias, Lola;
y pues amarte juré,
verás que feliz te haré
si dejas *rodar la bola*.

FEDERICO MUÑOZ.

TEATROS

(Continuación)

Decía á ustedes en el número anterior y he de repetir aquí que al fin se estrenó en el *Eldorado* un verdadero drama. *Los rígidos*, última producción de don José Echegaray, ha logrado un éxito tan gra de como merecido. Interesante y bien llevada la fábula; pintados con bastante acierto los caracteres, perfectamente preparadas las situaciones finales de acto, no de relumbro, sino de verdadero efecto; y una versificación hermosísima, valiente, esmaltada de brillantes pensamientos. Todo eso hay en la última producción del primero de nuestros dramaturgos en activo servicio.

No es *Los rígidos* la mejor producción de Echegaray; para que lo fuese precisaría que este no hubiese escrito *O locura ó santidad* y *El Gran Galeoto*, por lo menos; pero indudablemente gustará á muchos, más que las anteriores. Hay gentes sencillas, de ánimo compasivo, semejantes á las autoridades de París, que permiten marear y dar alfilerazos á los toros y se horrorizan ante la idea de que los maten á volapié, y estas tales gentes

pasan porque una dama ó un galán estén siendo el rigor de las desdichas durante tres ó cuatro actos, siempre que al fin de la obra no haya desgracias personales que lamentar. Ellas, apoyadas por algun que otro crítico sensible, son las que han puesto el grito en el cielo cada vez que don José ha dado á luz una obra; y á ellas ha querido este complacer en *Los rígidos*, un *Gran Galeoto* que acaba bien, supuesto que todo puede arreglarse con un poco de tafetan inglés, ni mas ni menos.

En *Los rígidos* como en el *Galeoto* el *deus ex machina* lo constituye la murmuración que injustamente se celebra en una mujer. No pasa de ahí la semejanza, pero basta para justificar mi anterior frase. Y vamos al grano.

Dofia Pura y don Severiano, los rígidos, no lo habían sido mucho en su juventud y fruto de sus debilidades fué una hija. Como don Severiano era casado, confió la niña á un amigo suyo quien se la llevó á América, regresó con ella á Madrid y falleció después de haber revelado vagamente á la muchacha el misterio de su nacimiento. Soledad, pues, se queda sola.

Por otra parte, ha muerto también la mujer de don Severiano, el cual estando enfermo la había revelado su falta; ella, á su vez, confía el secreto del nacimiento de Soledad á su hijo Roberto, y le encarga que la busque y parta con ella su fortuna. Roberto cumple el encargo de su madre, halla á Soledad, la manifiesta quienes son sus padres, pone en sus manos un paquete de cartas de estos y, tras alguna resistencia por parte de la jóven, logra que acepte también los bienes á que, después de todo, no dejaba de tener algun derecho.

Soledad vivía en armonía (ó harmonía) con su nombre, desconfiando de todo el mundo, menos de Jorge, marqués de Valle Umbroso, á cuyo cariño correspondía. Jorge es celoso, como todo buen enamorado; por eso dice y con razón:

No comprendéis las mugeres,
y acaso es empresa vana
el quererlo comprender,
como se puede adorar
y al mismo tiempo dudar
y al mismo tiempo creer!

Soledad, á su vez, es altiva y caprichosa; por lo primero no gusta de dar explicaciones, aunque haya motivo para pedírselas; por lo segundo (y por lo otro también) se ha empeñado en no revelar á nadie el misterio que la rodea; á duras penas consiente en manifestarlo á su marido, cuando lo tenga, que sí lo tendrá porque el marqués la quiere más que á las niñas de sus ojos.

En un establecimiento de baños, no importa cual, reúne la casualidad á Soledad, Jorge, Roberto, y los dos rígidos. Estos ayudados de otros ga-

lectitos de menor cuantía, murmuran de la joven porque y porque...

y por otras razones que diré, como dijo el poeta. Y aquí es donde encuentro yo el único defecto, el único de bulto, por lo menos, del nuevo drama. Que una joven sea hermosa y viva sola y que la cortejen ó lo parezca, dos hombres, Roberto y Jorge, puede ser base para alguna que otra murmuración; pero no justifica una conjura ó una coincidencia de bañistas con el fin de arrojar del establecimiento á la que no dá mayor motivo para tan grave y desusada resolución. Sobre que de puro sabido es ocioso decir que en sitios tales, aun que haya en ellos *rigidos* como los de marras, la tolerancia, no solo es necesaria, se impone, sino que llega á la realidad hasta lo inverosímil, ni aun en hipótesis puede admitirse que una colectividad de gentes bien educadas, trate de arrojar de su seno á una persona cuya indignidad no resulte grande evidente. Verdad es que si el absurdo no se realizara, no habría drama y este es, en conjunto, tan excelente que bien se puede perdonar aquel.

Cuando Jorge se entera de que los bañistas se disponen arrojar á su amada del establecimiento, lo impide presentándola ante todos como su futura esposa é invitándoles para la boda que se celebrará en Madrid, no sin convenir antes con Soledad en que esta le revelará el misterio que la envuelve cuando la haya dado su nombre y advirtiéndola que si lleva afrentosa mancha, si ha querido engañarle, le dará muerte.

Verifícase el enlace, Jorge reclama el cumplimiento de lo prometido, en presencia de doña Pura y don Severiano. Soledad, cohibida por la presencia de estos, no se atreve á hablar y aun que asegura que revelará el secreto á su esposo, cuando estén solos, él se llena de ira y juzgándose engañado, hiere á la joven. El hermano de esta que sobreviene, la lleva á otra habitación, á la cual acude Jorge y logra la explicación deseada. Vuelve á la sala donde se hallan los *rigidos*... y el público se rompe las manos ap'audiendo los magníficos apóstrofes que el marqués los dirige y los conmovedores incidentes á que dá lugar la intervención de Soledad que implora misericordia para sus padres, á quienes dice Jorge:

Aun está su seno rojo con la sangre que ha vertido... ¡La olvidasteis!... ¡Os olvidó! ¡La arrojasteis!... ¡Os arrojó!

Solo, á ruego de su esposa, consiente en perdonarlos cuando hayan llorado tanto como han llorado tus ojos.

Los de Soledad, naturalmente; no los tuyos, caro lector, á quien ya he dado hoy una jaqueca regular.

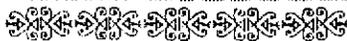
Por no prolongarla, dejo para otro

día la continuación de la revista; pero no sin decir que, á mi juicio, ha hecho mal don José en dejarse influir por las almas sensibles de que antes he hablado. La muerte de Soledad debió ser el terrible aunque justo castigo de los *rigidos*; así el drama, sin perder ninguna de sus buenas cualidades, habría constituido una merecida lección para los tipos como doña Pura y su cómplice. Y aun hubiera tenido cierto sabor bíblico, confirmando que las culpas de los padres recaen sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

Me tengo envidia al considerar cuantas lectoras, al enterarse de lo que antecede, exclamarán, pensando en mí:

—¡¡Canibal!!
Au revoir.

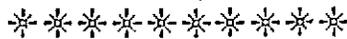
BLAS QUITO



¡BUEN RECUERDO!

No olvidaré aquel instante puro, bello, embriagador, cuando, junto al cenador, me juraste amor constante. Mas no creas que me acuerdo por que dijiste que sí á todo cuanto pedí... y nunca en pedir fui lerdo. Sino porque el gato... ¡mpfo! cuando te vió entre mis brazos... ¡me pegó dos arañazos de padre y muy señor mío!

ESPADIN



CUENTO VIEJO

Muerto de hambre, cierto día un andaluz muy avaro, entró en una fonda de Haro de las de más nombrada.

Tomó ante una mesa asiento y con aire de rentista, llamó gritando al fondista. que se presentó al momento.
—¿Guisas bien?— Os lo aseguro
—¿La tarifa es reducida?
—Veinte reales la comida.
—¿Y la cena?— Medio duro.
—El caso no es de dudar dijo el astuto andaluz.
—Encienda usted una luz y que me den de cenar.

EDMUNDO DE C. BONET.

¡VALIENTE, TRINIDAD!!

Valame Dios, y como se conocía á ojos vistas que el maleante y entremetido diablo no se daba punto de reposo y andaba en el convento de Santa Catalina haciendo de las suyas (que nunca fueron para alabadas): tal era el menudeo de tentaciones que diestro apañaba, y los tropiezos que sagaz oponía, para llevar con tan dialólicas mañas y artes, pecaminoso desasosiego al ánimo de las venerandas madres... Así creíalo (y no andaba agena de razón) la madre abadesa toda acongojada y medrosica; y largo y tendido llanto derramaba allí en las soledades de su celda al ver á sus hijas tan fuera de Dios, y al considerar que á seguir viviendo, como vivían, á voluntad y gusto del mal espíritu, de adelantamiento en adelantamiento, y no por empujones, sino de una adelantada y en volandas, alejándose irían descarradas del camino de la eterna salvación, para dar en las tiznadas manos de aquel, que entibiándoles la fé, despertábase los apetitos de la carne, y en deshonestos pensamientos trocaba las piadosas meditaciones...

Habían todas las hijas de Catalina perdido el color y las carnes; que mas parecia que alimentábanse con alejijus y á rudas penitencias se sometían, que no gozaran de vida sosegada y tranquila como es uso, costumbre y corriente estilo en los conventos. Y el mal de mi cuento debía ser pegajoso, por cuanto, tambien las novicias y educandas, toda gente moza, alegre y lozana, á un mismo andar estaban con las profesas, en lo que toca y refiere á decaimiento de ánimo y pérdida de rosados colores y salud... muestras y señales que no dejaban rastro de duda de que todos los moradores del convento tenían en sí al diablo, con todas sus desazones y picardías...

La madre abadesa, convencida de que si bien Dios habíales dado tal llaga como especial merced, no se daba mucha diligencia en enviar la medicina, pidiósele al Obispo de la diócesis con toda urgencia, poniendo en su noticia, en una sentida, quejumbrosa y no corta epístola, la muy mala é intencionada obra de Luzbel, semilla de pecados. Enterado el buen Obispo de tan desconsoladoras nuevas, creyó muy del caso limpiar las conciencias de las condenadas madres por medio de general confesión, antes de que el exorcista, con sus conjuros y evocaciones las limpiara los cuerpos de malos espíritus. De allí á poco, presentóse en el convento, con cartas del Obispo, un sobrino de S. E. fraile mendicante, apuesto y arriscado, á pesar del aderesio de los



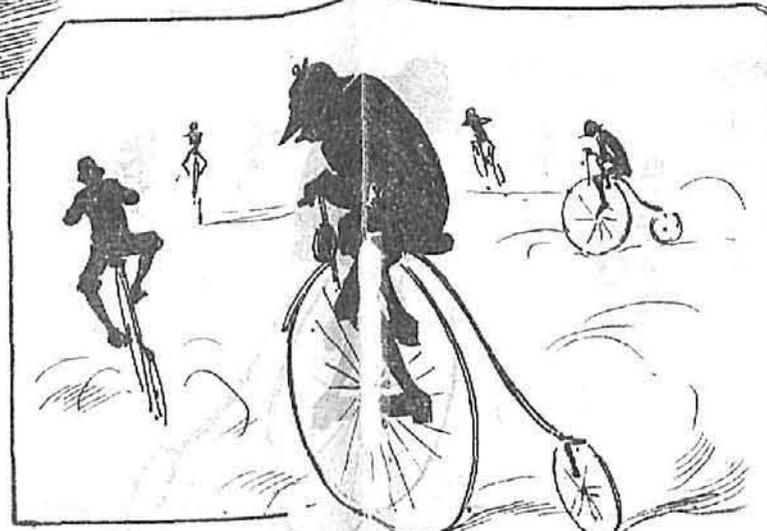
Vienen de la Exposición con aire de *sans culottes*, y van buscando *cocottes* para acabar la función.



Si me dan por diez francos en alquiler una caldera en metal por una semana, alquilo una hornatatera.



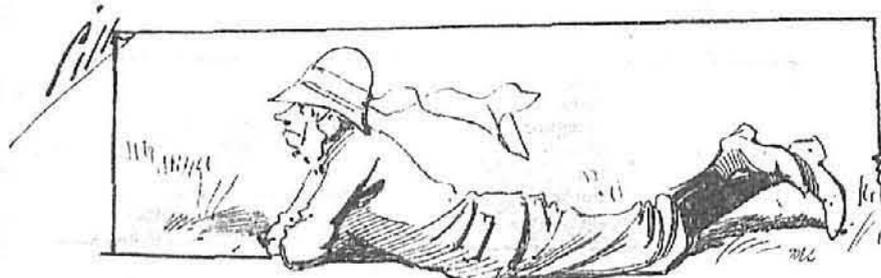
—Pus yo le dije: *Musiú resatao*; dame para los *churumbales* un *sus*....
 —¿Un susto?
 —No, hombre, un perro chico. ¿Toavía no te han enseñao la lengua?
 —¡Ni ganas!



Pasatiempo inocente pero que me revienta, francamente.



Hasta perder el resuello siempre hablando los verás y si tuvieran el cuello largo como el de un camello aún harian mucho más.



Si la torre Eiffel fuese un tonel y estuviera lleno de Jerez y me lo regalasen ¿cuantas veces podria ponerme *papalina*?

hábitos, y de mirar entornado y pi-
caresco: cosas todas que maldito si
armonizaban y bien conlevábanse
con su fama de varon cuasi santo y
con su renombre de sagaz y rígido
confesor de tan estrechas y malas
absolvederas que, según decíase, el
mas nimio pecado, tenía por purga
eruenta penitencia...

Llegado el día de la solemne con-
fesión, tras fervorosos rezos y ple-
garias, tomó asiento en el Tribunal
de la penitencia el joven fraile, dis-
puesto á escuchar, impávido y sereno,
cuanto Satan dijera por boca de
aquellas desgraciadas hijas del Señor.
Fué la primera en descargar su con-
ciencia, una monja de rostro tan des-
mejorado y blanco, que parecía ha-
bérsele pintado con albarino, y hu-
biérase confundido con las blancas
tocas que lo cercaban á no ser por
las grandes ojeras que en el se ad-
vertían. La monja toda compungida,
dijo de esta suerte: Padre mío; aun-
que juramento hice de guardar la
causa de mi ventura y á nadie darla
á conocer, creo que secreto á Dios
prometido y á Dios revelado, no es
quebrantarlo: así es que padre, os
digo; hará cosa de un mes, cierta
noche, ya tocadas las ánimas, encon-
trándome yo recogida en mi celda
apacentando mi alma con espirituales
lecturas, sentí que la ventana se abría.
Confusa y aturdida vi en su alfeizar,
un ángel de blancas ropas y doradas
alas; el cual ángel, después de llama-
rme por mi nombre con voz por
mí algo conocida, me dijo: «Vengo
de la altura en nombre del Padre;
elegida eres entre sus esposas para
que yo en su nombre, te infunda la
gracia; sálvete El, y cúmplase su vo-
luntad...» y así diciendo saltó á la
celda de una aletada y al aire que
hizo apagóse la luz y yo presa de
cierto temor desmayéme.... En mi
vuelta, encontré al ángel allí todavía
el que durante mi tribulación había
encendido la luz—María, me dijo;
¿conoces mi cara?—Yo temerosa y
turbada alcé los ojos y ¡Ay padre! el
ángel pareciase al sacristán del con-
vento como una gota de agua á otra.
El, echó de ver mi asombro y exclamó:
El Dios Padre quiso que al sacristán
de este convento me pareciera,
para que no te causara espanto
ni congoja mi sobrenatural visita..
Jura y promete que á nadie contarás
lo sucedido, pues en ello vá tu sal-
vación... Yo, á medida de su deseo
así lo juré, y descándome paz, desa-
pareció por donde había venido. A la
noche siguiente presentóse en mi cei-
da á la misma hora; y volvió con las
alas á apagar la luz, y volví yo tam-
bien á desmayarme, y así, de este
modo, hemos seguido hasta hace po-
cos días que el ángel ha dejado de
venir...

Cuando la monja hubo terminado
su narración, preguntóla el fraile: Y
decidme, hija, ¿estais segura de que

ese hermoso ángel pareciase en un
todo al sacristán de este convento?

—¡Oh! segurísima, Padre,—respon-
dió la interpelada.

Igual confesión hicieron la mayo-
ría de las monjas y novicias; con la
sola semejanza, de que el ángel, se-
gun unas, en vez de parecerse al sa-
cristán, pareciase de modo milagroso
al organista en cuerpo y alma; y que
así como aquel venia en nombre del
Padre... el ángel organista venia en
el del Hijo....

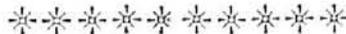
Retirado el fraile á la celda que en
el convento le tenían dispuesta, dióse
á cavilar, buscando en su majin, el
modo y manera de averiguar la ver-
dad plena de lo que sucedía. Y acac-
cio que el buen padre que ya algo,
y no bueto, sospechaba, tentado por
algun diablillo, estravióse por malos
y escabrosos caminos que conducié-
le hubieran á lo para él muy vedado...
Asustado de su flaqueza, y para des-
char de sus mientes pensamientos in-
sanos, se dió á buscar por la celda
algun libro en cuya lectura encontra-
ra paz y consuelo á su abatido espí-
ritu. Mirando á este fin, abrió un
antiguo arcon, y ¡cieelos! allí, delante
de sus ojos, tenía unas doradas alas,
y un blanco vestido....

Pensativo y cabizbajo—quedó el fra-
ile. Pasados algunos momentos de si-
lencio oyósele decir con voz apaga-
da....

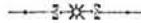
—¡El sacristán en nombre del Hi-
jo.... el organista en el del Padre!

Y aquella noche con gran sorpresa y
no menos contento de las agracia-
das, recibieron algunas monjas la vi-
sita de un enviado del Espíritu Santo.

ANTONIO BELTRAN MORENTE.



¡OTRO TALLA!



No existe en el mundo un sér
tan amigo de jugar
como ese sér singular
que se intitula mujer.

Juega, de niña, sin tasa;
de joven, gozosa juega;
y hasta á los juegos se entrega
cuando de cincuenta pasa.

Son sus juegos infanti'es
perseguir las mariposas
y cojer las frescas rosas
que crecen en los pensiles.

Al despuntar los albores
de su juventud florida,
se entrega con alma y vida
al juego de los amores.

Se casa y juega afanosa
con sus hijos desde luego,

siendo este el único juego
licito para la esposa.

Y cuando apaga la edad
de sus encantos el brillo,
juega con un falderillo
con mucha formalidad.

Así las horas pasanó,
entre ganar y perder,
vive alegre la mujer
eternamente jugando.

No hay jugador que dispute
á la mujer la ventaja;
ella juega sin baraja
y á cualquiera le dá un tute.

Ella, que sabe al dedillo
esquivar cualquier ataque,
tras de ponernos en juego
nos dá á menudo cañillo.

Ella, aunque cariño sienta,
con desdenes nos abruma,
y á la vez que nos despiuma
nos acusa las cuarenta.

Y siempre, aun las menos listas,
poniendo su ingenio á escote,
dejan al hombre capote
pues juegan á cartas vistas.

Yo que del juego reniego,
juguete de un ángel fui,
y el cariño que le di
lo llegó á tomar á juego.

De aquella pasión temprana
el recuerdo me dá frío,
pues me jugó el ángel mío
una partida serrana.

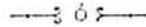
Desde entonces, por huir
de sufrir nuevo dolor,
en el juego del amor
no he vuelto á perlas venir.

(Fruta del Tiempo).

CARLOS CANO.



EL SEDUCTOR DE SU ESPOSA



NADIE QUIERE HASTA QUE DIOS SE MUERE

(Continuación)

CAPÍTULO QUINTO

HOMBRE PREVENIDO...

III

Aunque el tío de la condesa frisa-
ba ya en los cuarenta, no tengo más
remedio que bautizarle, porque es fas-
tidioso é irrespetuoso estarle llama-
do tío á cada momento.

Como era un hombre malo, nada
más natural sino que se llamas: Ho-
mobono.

Don Homobono, pues, al observar el trastorno que se retrataba gratis en el semblante de Matilde preguntó:

—¿Que te pasa?

Ella respondió con dulzura:

—¿Y á usted que le importa?

—Es que el globo, el tren, el buque y la galera nos están esperando...

—Puede V. decirlos que se vayan á paseo. ¡Ya no voy al Polo!

Don Homobono se estremeció.

—¿Como! —exclamó lleno de admiración y de terror, por partes iguales.

—Bueno, coma V.; yo no tengo apetito. —repuso distraída Matilde.

—Digo que como has variado de opinión con tanta rapidez.

—¡Ah! ¡Homubre sin corazón! —exclamó la condesa. —¡Ser desnaturalizado! ¡Tienes delante el cadáver de tu prójimo y me preguntas por que no voy al Polo!

Y al decir estas palabras señalaba al pobre Malek-Adhel, cuyo inanimado cuerpo presenciaba impasible la anterior escena.

Don Homobono miró á la condesa, miró al perro y murmuró:

—¡Maldición! ¡Debí haberle echado al carro de la basura antes de hacerla salir!

Matilde sin prestar atención á lo que decía su tío, prosiguió, animándose por grados, como se asciende en el ejercicio:

—¡Su! ¡sil... ¡No! ¡no!... ¡Para qué quiero yo un vestido de color de cola de foca virgen, si he de llevar luto eternamente, por todos los siglos de los siglos...

—Amen,—dijo maquinalmente don Homobono.

—¡Pobre Malek-Adhel! ¡Perdóname! ¡Te habia olvidado! ¡A ti, que todas las mañanas me lamias la cara, evitándome el trabajo de lavármela!

¡Oh, ingratitude humana! ¡Oh, poder de un vestido color de cola de foca! ¡Oh!...

—Para, mujer,—dijo don Homobono; —no despienda suelta á tu dolor, porque puede desbocarse....

—¡Huye de aqui! ¡Monstruo abominable! —gritó exasperada Matilde.

—¡Huye ó de lo contrario haré que mis criados te arrojen á palos!...

Don Homobono contestó tranquilamente:

—Ovildas que los he reventado para ahorrarte los gastos de su manutención durante tu ausencia. Ha sido una medida económica y preventiva.... Pero dejemos esas nimiedades y hablemos como personas que carecen de sentido comun.

Y al decir estas palabras, el cinico tío se sentó en el suelo.

La condesa subyugada por las persuasivas frases de su interlocutor, le imitó, bien que procurando recogerse las faldas graciosamente para que no se le vieran las pantorrillas.

—Todo puede arreglarse,—cont-

nuó el tío. — Malek-Adhel está muerto; yo no tengo poder bastante y en forma para volverle á la vida; pero le puedo prestar las apariencias de esta...

La condesa dió un pellizco á su tío y gritó llena de júbilo:

—¡Ah! ¡Usted hará eso!

—Sí.

—¿Mi perro andará?

—Sí.

—¿Yo podré acariciarle?

—Sí, si...

—¡Oh! ¡Me engaña usted!....

—Sí, sí, sí,—exclamó don Homobono que imaginándose que su sobrina iba á hacerle alguna otra pregunta por el estilo de las anteriores, tenia en la punta de la lengua los tres sier consabidos y no se los quiso tragar.

Pero comprendiendo que habia dicho una barbaridad, añadió:

—Digo, no, no, no.... Pronto quedarás convencida. Yo soy un hombre muy prevenido y como no podia sospechar siquiera lo que está pasando, he traído conmigo todos los menesteres para embalsamar á Malek-Adhel. Espera.

—¡No es pera ni perra! —rujió Matilde. —¡Es perro y muy perro!

IV

Don Homobono sin contestar se sacó de uno de sus bolsillos todo lo necesario para embalsamar al can y puso manos á la obra.

Matilde siguió con interés creciente, pero sin llegar nunca al sesenta por ciento, todas las operaciones que practicó su tío.

En pocos momentos el perro recobró su forma habitual y se tivo tieso sobre sus cuatro patas.

Luego, don Homobono sacó de otro de sus bolsillos un trozo de madera y una sierra; y como si en toda su vida hubiera hecho otra cosa, construyó una peana con cuatro ruedas, sobre la que pegó al animal.

La ilusión era completa.

Malek-Adhel parecia acabado de salir de una tienda de juguetes.

Entonces don Homobono echó mano á otro de sus bolsillos y estrajo de él un rollo de bramante.

Cortó un pedazo, lo sujetó por uno de sus extremos á la peana y puso el otro extremo en manos de Matilde diciéndola:

—Tira y verás como anda.

La condesa lanzó un grito de alegría al ver cumplida la predicción.

—¡Ah! —dijo.— ¡Ahora si que ya no voy al Polo! ¡Aqui tengo todo cuanto deseo!

—¡Insensata! —exclamó don Homobono.— ¡Piensas que voy á consentir que te burles de mí de esa manera! ¡Ahora verás!

Y de un tirón arrancó el cordel de manos de Matilde y echó á correr llevándose el perro.

La condesa le siguió exhalando las

timeros sollozos, y de esta manera llegaron al Polo.

Al dia siguiente de la llegada, cuando despertó Matilde se encontró sola.

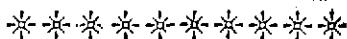
Don Homobono habia desaparecido.

En los labios de la condesa brilló una sonrisa despreciativa.

—¡Se ha ido! —murmuró.— ¡Un estorbo menos!... ¡Por fortuna me ha dejado á Malek-Adhel!

Y he aquí por que razón este y la condesa se hallaban en el Polo, donde han de desarrollarse sin necesidad de tomar aceite de higado de bacalao, las más interesantes escenas de esta novela.

(Se continuará.)



INTERROGATORIO

(RETAZO)

—¿Su nombre? — Juana Martínez Natural de... Salamanca.

—¿Edad?... Los veinte cumplidos.

—¿Estado?... Pues... soy casada por lo civil y la Iglesia

no hará más de una semana...

—¿Profesión?... Solo me cuido de tener limpia mi casa...

—¿Jura Vd. decir verdad?... —Lo juro por... —Bueno... basta. Usted sin duda no ignora, que casi de madrugada...

—La niña de Doña Petra, que parecia una santa,

se ha escapado con su novio y por esos mundos anda...

—Todos dicen que el muchacho sacó á la Rosa engañada de su casa. — Eso no es cierto...

—¿Que no es cierto? — ¡Ca, ya escampa! La niña se fué de grado sin que el engaño mediara.

Escuche usted, señor Juez: Mi alcoba, se halla situada, debajo del dormitorio que la *santita* ocupaba.

Muy cerca ya de las doce sentíla hablar en voz baja por el balcon con un hombre

—¿Era el novio?... — En cuerpo y alma. No me extrañó que Rosilla á tales horas le hablara sabiendo que Doña Petra mucho la vigila y guarda, oponiéndose al noviazgo á mi ver sin justa causa,

por que el mozo vale mucho, mucho más que la *robada*, aunque su madre repita que su Rosa es una alhaja.

—¿Una alhaja?... De oro fino!... ¡Cuando la niña es mas larga!...

—Bien señora... al grano, al grano... —Pues no es tan mala la paja—



—No sea V. desdefiosa,
pues aunque soy viejo, Rita,
tengo en cambio mucha güita.
—Pero le falta... otra cosa:
la que mas se necesita
para ser su fiel esposa.



Antes manejando el sable
era un hombre formidable
el coronel Lanzagorta
mas hoy, su mujer amable
está siempre inconsolable
porque ni pincha ni corta.



Muchá facha, gran coleta,
en la boca puro ó terno;
le apellidan el *Chançleta*
y es un torero... de invierno.



Es *pelotari* afamado
que jamás sufrió derrotas
pues todavía no ha ballado
nadie que le haya ganado
tratándose de pelotas.



—¡Dios mío! ¡Que pesadez!
¡Tras mí toda la mañan!
¡Me ha tomado usted por pez!
—¡Qué! No, señora: por rana.

señor Juez — que no es pecado señalar ajenas faltas, mucho más, si la persona que por *inocente* pasa, es capaz de dar un nico al lucerito del Alba... Pero volviendo al suceso, de aquella noche de marras, sobre poco más ó menos de las tres de la mañana, senti en la calle un silbido... — ¡Un silbido!... Pues caramba tiene usted el sueño ligero... ¡un silbido despertarla!... — Es que entonces no dormía... ¡Como estoy recién casada!

A. BELTRAN MORENTE.



PENSAMIENTOS

El que no roba es porque no puede.

Un ladrón.

Bien mirado soy de lo mejorcito que corre.

Un sabio.

¡Se necesita muy poca vergüenza para hablar de la felicidad de la infancia!... ¡Tener que hacer la vista gorda cuando voy con la niñera y el artillero!...

Un niño.

¿Porqué no habremos nacido todos los burros en cuatro patas? Al menos no me faltaría pienso.

Un asno.

El vino es el único lazo que me une a la tierra.

Un borracho.

Si el mundo fuera una bomba de Orsini, yo pegaría fuego a la mecha.

Un nihilista.

No comprendo el insomnio.

Un sereno.

¡Que animal más incomprensible es el solterón!

Un enamorado.

[alguna porquería).

Un solterón.

¡Que justo es el mundo! Castiga en nosotras sus propios yerros

Una....

Quisiera ser eterno por no dar el último suspiro.

Un avaro.

Me cargan mucho los grillos que cantan pero los prefiero a éstos.

Un presidiario.

Siempre hablan mal de la Arrendataria; pero no lo sueltan hasta que se queman los dedos.

Un colillero.

Es verdad que en esta vida me fastidio pero en cambio en la otra...

Un trapense.

Ya te lo dirán de misas.

JOSÉ DANUEZA Y REDOMA.



EN RETIRADA

—Mira, si vamos á ver, no te debiste ofender porque te dije que *no* al principio: porque yo como, al cabo, soy mujer, si bien con agrado oí tu primer frase amorosa, mirando un poco por mi hasta ver clara la cosa no pude decir que *sí*.

Ya ves que no era prudente, aunque me hablastes de veras, que de buenas á primeras te diese un *sí* fácilmente apenas me lo pidieras.

—¡Bah! Todo eso está muy bien; pero es que en aquellos días en que ví en tí tal desdén creo que tu primo Elias se te declaró también.

—¿Qué primo?

—Aquel tan ricote que vino de Extremadura y sólo hablaba del dote que daría á su futura al casarse. Aunque era un zute, no anduviste tan perpleja en prestarle tu atención.

—Cual huesped...

—Que no se deja

ni un momento, de pareja con él, en conversaci6n.

—Puedes creer...

—Calla, Rosa.

—¡Si el pobre Elias no está para pensar en esposa y á estas horas se halla ya camino de Panticosa!

—Y no es eso solamente. Cuando mi amoroso afán esquivabas cautamente ¿no te escribi6 el capitán que no te era indiferente? ¿Y en tí no llegó á pensar un comerciante de ropas al que ibas mucho á comprar? Tu me has querido dejar por los trapos ó las tropas.

Y eso no lo aguanto yo porque no me dá la gana. —¡Si todo eso se acab6!... —¿Y el capitán?

—En la Habana.

—¿Y el comerciante?

—Quebr6.

No te apures.

—¿Yo, mujer?

En caso tí. ¡Buena es esa! La quiebra á tí te interesa que á mí... ¡mi Dios me hace ser plato de segunda mesa! (1)

E. ROVIRA BAYOD.

INFUNDIOS Y LIOS

Las bromas pesadas ó no dadas.

Excelentísimo Sr. Alcalde:

¿Cuando se obliga á la empresa de las jardineras á poner ruedas de reglamento en sus vehiculos?

Mire V. E. que se dicen por ahí la mar de cosas, y ninguna buena, respecto al asunto.

Y que hay quien recuerda los famosos *Riperts*.

Y que...

Y que...

Y que...

Etcétera

Lo de las jardineras es grande; pero ¡miren ustedes que lo que pasa en la calle de Balme!

No basta con que el terroncaril de Sarriá, dé serenata continua á los vecinos de dicha calle sino que ésta se halla convertida en un estercolero.

Allí ni hay aceras, ni empedrados, ni luz, ni nada.

(1) «Cuarta» debi de poner, pero eso es una futea.

Desde la calle de Córtes, hasta la de Valencia no hay en la parte derecha de dicha calle, mas que un f. rol.

El único que apagan apenas tocan las doce.

Así es que para internarse de noche por aquellos sitios, se necesita un guía, un báculo herrado, una linterna y dos parejas de la guardia civil.

¡Bellezas del ensanche de la segunda capital de España!
¡Por vida de los marqueses!

Que el demonio en los infiernos sufra castigos eternos pase, que al fin delinquió; pero, si no se casó ¿porque le pintan con cuernos?

Un «anti-diluviano», me remite el siguiente anuncio recordado de «El Diluvio»:

«Ha escapado un loro á las tres de ayer, hora en la que se fugó. A quien lo devolviera se le gratificará largamente, en la calle etc.»

¡Cosas de los loros!
¡Mire V. que escaparse á la misma hora en que se fugó!

Ahora cualquiera dá con él. Lo natural era que se hubiese escapado siquiera veinte minutos despues de fugarse.

Pero vaya V. á los loros con naturalidades.

¡Y á «El Diluvio» con gramáticas!

Se calcula que durante los dos primeros días de feria, se han consumido en Reus cincuenta mil melones.

Ya me explico como vienen tan á ménos los carlistas.

En Alcalá de Chisvert se levantó una partida, robó cuanto pudo «habert» y se hubo de «disolvert» apenas fué perseguida. Pues, hombre ¡tiene que «vert»!

En Sanlúcar, según dice un periódico, disfrutan un alcalde que no se lo merecen.

El otro día hizo prender á un Sr. Guisado, meterle, no en una

cazuela, como hubiera sido lo natural, sino en una barbería y raparle la cabeza á navaja.

Poco despues mandó, cojer á un tal Amor y raparle á punta de tigera, porque es lo que él diría:

—Los amores en el pueblo de mí digno mando, deben ser aseados.

Si los hechos son ciertos, me parece que habrá que cortarle tambien algo á ese alcalde.

Por lo menos las alas
Porque ya es bastante tolerar que las autoridades fusionistas nos afeiten.

Permitirlas que nos tomen ó que nos corten el pelo sería un colmo.

¿No les parece á ustedes?

TELEGRAMAS

Agencia Muncheta

Madrid, á treinta.... (y nueve mil demonios).

Dicen varios bolonios que todo está que arde y es cierto: hasta las siete de la tarde nadie puede su casa abandonar sino quiere llegarse á evaporar.

Esto está convertido en fragua; pero ¿revoluciones?... Ca... ¡ni agua!

Paris 29.—Ayer se hicieron las elecciones; llevó algunos revolcones, el señor de Boulanger. ¡Como ha de ser!

Los monárquicos ganaron treinta puestos que á perder á sus contrarios forzaron; más de estos es el poder. ¡Como ha de ser!

Visita la Exposición la gente con afición; pero entristece preveer que, tras tanta diversion, cruenta guerra ha de haber ¡Como ha de ser!

Londres á 29.—Diz que sopla un viento huracanado hacia la parte de Constantinopla; y me ha dicho un milord muy reser- [vado que sino se conjura el temporal sobrevendrá la guerra general, y á su final ni aun quedarán los rabos de latinos, germanos, ni de eslavos

CORRESPONDENCIA

Excmo. Sr. D. A. de la T. —Barcelona.— No he leído más que tres líneas y no llegue á la cuarta porque

me dió en la nariz olor de barriganta.

Hasta para dar timos se necesita sentido común. ¡Entiende V.!

Español. —Idem.—Juro á Vd. por las barbas de mi abuelo, (que no se si tenía barbas) que solo á la carta que dirige V. á mi compañero debe que se le otorgue la gracia de indulto. Afílese V. más, porque puede hacerlo.

J. D. R. —Idem.—Va algo. Suprima usted dedicatorias, porque sino tendré yo que suprimirlas y es lo mismo.

A. R. —Idem. Imprudencia con *est* es lo mejor que cuanto manda tiene.

Pañalito. Idem.—No penetra V. bastante. J. T. —Na se donde —Va una; la otra no tiene *chis*.

R. G. S. Barcelona.

—A la puerta del triste cementerio muerta se la encontró.

¡Y pensar que leyendo un *gaitanario*

soso, pesado y serio

más de una hora he perdido yo!

P. Rico de los P. Lotes —Idem.—Si las cuarteras estuviesen bien medidas y la poesía tuviera gracia, la insertaría con mucho gusto.

A. J. B. —Madrid.—Los cantares no van; pero la poesía, tampoco. ¿Quien le ha dicho á usted que en un romance caben versos libres y se puede cambiar de asonante seis u ocho veces?

G. Naro —Donde se halle.—Mande usted la *línea*, pues así que la poesía es *poquita* cosa, demuestra facilidad para versificar. Haga algo más salado.

E. O. F. —Madrid. Aprovecharé algo. Las composiciones son muy desiguales. Si pone usted más cuidado... veremos, porque hay cosas que de balde son caras. ¡Entiende usted?

Martes —Barcelona.—Gracias por todo. Si aceptase V. un pseudónimo podrían ir, cuando conviniera, dos trabajos de V. a la vez. Lo digo porque, supuesta su fecundidad, habrá que ir *almacénando* originales por no repetir la *línea* en un mismo número.

Loscaedro —Idem.—Espere usted á la semana que viene.

A. R. B. —Madrid.—Pero hombre que dos poesías mas malas! Las ideas tienen gracia lo que no la tiene es que V. haga versos sin acordarse de que la Poesía no es un mito. El artículo es flojillo, no sé si me resolveré á publicarlo convenientemente aderezado.

J. R. —Idem.—Se aprovecharán.

J. J. C. —Idem.—Ira na; la otra tiene varias asonancias de difícil corrección.

Un anti-diluviano.—Queda V. complacido; pero si se hubieran de sacar á relucir todos los gazapos que contiene, no bastarian las diez y seis páginas de BARCELONA CÓMICA. Aquello mas que per *ódico* es una *gazapera*.

M. G. —Barcelona.—Hambre, si insertaré su magnífica composición, pero por dosis pequeñas para no aumentar la mortalidad entre los lectores.

A DOLORES

I.
A Dolores que te casas
Que ese hombre tan pijo
De porque me engañastes
Mas yo no lo impido.

II.
Pues Dolores que te traen
De Tarragona bendito
Lo que es así si que metraen
Me traen un gran Pito.

Basta por hoy.

Imp. Mill. Arco del Teatro, o. pasaje.

VERANEANDO



—Mira lo que dice BARCELONA CÓMICA:
«Los señores de Gutierrez tomando las aguas».—Y
los pintan metidos en dos tinajas... lo mismo que noso-
tros... ¡Qué diablos de dibujantes!... ¡je, je!

ANUNCIOS

BARCELONA CÓMICA

Semanario festivo, literario, político, ilustrado

CONTIENE

Artículos, poesías, críticas y chistes
de nuestros principales literatos.

CARICATURAS Y RETRATOS
de nuestros primeros dibujantes.

Precios de suscripción:

Provincias:—Por series de 10 números 1,25 pesetas

Agente exclusivo en Madrid para la venta de BARCELONA CÓMICA, D. Julian Rodriguez, Tesoro, n.º 5.-bajos.

ADMINISTRACION

Calle Hospital, 100 y 102, pral.-1.ª
BARCELONA

ENCUADERNADOR

(BUENO, BONITO Y BARATO)

Salvador Pujal

*

Calle de Aribau, número 74

BARCELONA

IMPRESA MILITAR Y COMERCIAL